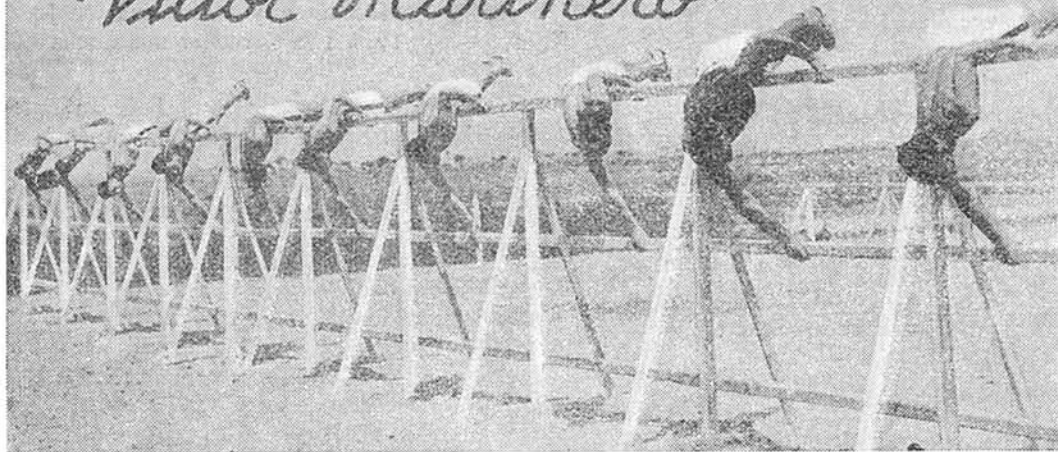


UN DIA EN LA ACADEMIA DE LOS ALCAZARES

por el Teniente

Victor Marinero



Las cinco y media en verano; desde el otoño, las seis. Agudos clarines quiebran la noche desprestigiando la aurora, pues cuando aún "la de rosados dedos" duerme, los alumnos corren a las duchas para recibir sobre sus espaldas tibias las agudas saetas del agua fría. Hay un revuelo de toallas frente a los lavabos, y los espejos multiplican brazos frenéticos pulsando peines. El vestirse es visto y no visto. E inmediatamente (sólo pasaron veinte minutos desde la diana), atropellando escaleras, los madrugadores se lanzan a un paseo donde el viento noctámbulo, ya de retirada, desmelena, confanzudo, las palmeras. Un bloque de sombras se pone en marcha hacia la plaza de armas; plaza en la que el ojo curioso del lucero matutino sólo observó hace un momento el pálido reflejo de blancas fachadas y ahora se cubre de capotes grises perfectamente alineados. La bandera asciende lenta, solemnemente acompañada por el Himno Nacional, y el terrenal tensa franjas rojo y oro, subrayando un simbólico dominio sobre el cielo español. De nuevo en marcha, que—como a la ida y siempre que las fuerzas se trasladan para cualquier acto—se acompasa con cánticos, pues este hábito, induciendo el sentido del ritmo, logra más juvenil y exacto el paso. Una taza de café hirviente espera en cada taquilla—armario y barguño al tiempo—, donde, al igual de las oficinas perfectas, hay un sitio para cada cosa y cada cosa está en su sitio. Estas taquillas se alinean en doble hilera y con opuestos frentes en el centro de la misma sala, en que las camas se disponen bajo amplias ventanas casi ininterrumpidas. La luz mediterránea entra atenuada por filtro de altos eucaliptos. Juega esta luz puntillista a hacer guiños en los cristales, sin lograr distraer a los cadetes, que—ajenos al mundo exterior—dedican esta hora y media al estudio. Sólo se percibe entonces el bronco gemido de los ventiladores que pueblan el tejado dando coletazos al viento y enviando a las salas una purificadora corriente de aire. Dentro, ni tan siquiera se oyó el paso del Oficial de semana, que, un tanto aburrido, vigila el

aprovechamiento de las horas de estudio, y avanzando lentamente sobre sus suelas de goma, pasa revista a una hilera de cogotes pelados, dispuestos sobre un fondo gris de libros de texto, en que sólo resalta la fotografía de la novia (una novia en cada taquilla, certificando que el horario más rígido siempre reserva tiempo al amor) y que a tal hora, seguramente, duerme el más pesado sueño matinal. Cuando a las ocho y media el acuciante to-

que de fajina convoca al comedor para el desayuno, el mismo golpe de llave encierra logaritmos y ensueños, que pasan a ser fácilmente sustituidos por chocolate y mermelada.

Un breve intervalo permite apurar la barba y lustrar botas y dorados, para presentarse convenientemente al examen policial del Capitán de cuartel. El aspirante a héroe aprende así a humillar—cepillo en mano—su soberbia.

Son las clases teóricas tres en la mañana, de cincuenta minutos de duración cada una, con intervalos de diez, y durante el segundo de éstos, se reparte un bocadillo. Espera estas horas de clase con impaciencia el buen estudiante, y con disgusto el no tan bueno. El uno ambiciona lucir sus dotes y esfuerzo, y el otro teme la crítica del profesor y de sus compañeros, si es invitado a exponer sus conocimientos. Quizá la boca se le pone pastosa, como si tuviera en ella la

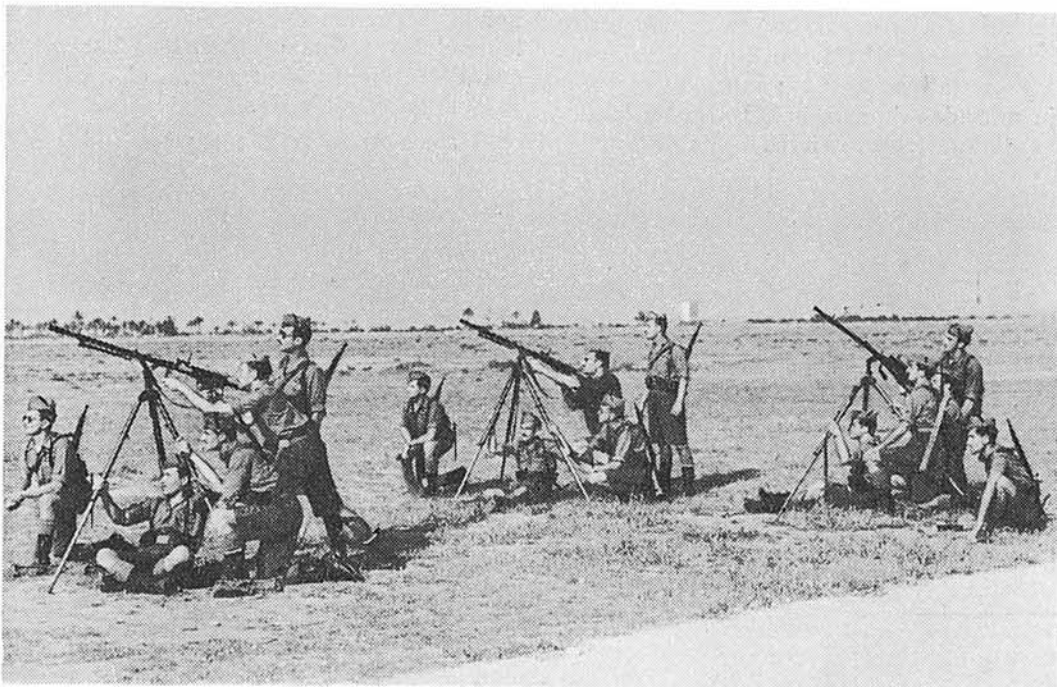


Los alumnos durante los ejercicios físicos.

tiza, que otros saben convertir tan rápidamente en fórmulas precisas, engarzándolas con signos de relación. De nada le vale triscar tardíamente la vista sobre renglones que adquieren cada vez mayores visos de novedad. Pero una vez puede salvarse. Tal es el origen de ese tenue suspiro que revolotea por el aula cuando el llamado es otro. Por otra parte, estos casos son infrecuentes: un ingreso exigente, severa disciplina de estudio y el filtro de exámenes parciales, consiguen seleccionar un alumnado competente que, de no estar dotado de pronta comprensión, no podría retener tantas materias como la cada vez más complicada carrera militar se ve obligada a incluir en sus programas. Matemáticas, Física, Química y sus aplicaciones balísticas, de mecánica y agresivos; minuciosos reglamentos; Geografía e Historia militar; técnicas y táct-

ciente topan con otro. ¡Varia película "Oca", infraestructurada de múltiples recursos con cenefa de espaldas! Pacientes y descabezados clavileños forrados de gutapercha aguantan—hincando sus patas en un resplandeciente suelo de nácar—el embite de los inquietos atletas, que, finalmente, trépan por cabos y escaleras verticales para lanzarse al vacío, colgados de un atalaje, rodante sobre tenso cable. Los gimnastas se dividen seguidamente en grupos, según su especial afición a determinado deporte. En el espigón, una flotilla de veleros latinos se apresta a soltar amarras, mientras agudos esquifes cosen las olas chiquitas de un mar espeso, cuyas salpicaduras motean de cristal.

Durante la comida se observa la grata reacción que sigue al violento ejercicio. Hay en los rostros yodados una singular viveza; la conversación se funde en discre-



Prácticas militares.

ticas diariamente renovadas; preciso armamento crecientemente complicado; Cartografía; Topografía; Psicología y Ética; Fortificación... Las fórmulas se barajan con Ordenanzas y previsiones, y todo desfila en variadísimo caleidoscopio, habituando a la rapidez y seguridad de visión, concepto y resolución. Pero volvamos al repaso de la intensa jornada.

Estamos aún a mediodía; la hora de la gimnasia y los deportes de tierra y mar (la habituación al aire es ya asignatura, no deporte). Müller se complementa en un penthalon moderno. Es un extraño paisaje, exageradamente sembrado de obstáculos, lo que se presenta a las sucesivas oleadas de corredores: fosos inundados, vallas, verjas y terraplén; trincheras en zig-zag y flanes de cemento emergiendo de un estanque que refleja planos inclinados y falsas fachadas, se abalanzan sobre los competidores, que apenas salvado un ac-

to murmullo. Azulejos levantinos y emblemas de promociones colorean el cuadro.

Un breve descanso precede a la última clase: de Idiomas, Religión, Dibujo o Prácticas diversas. A las cuatro de la tarde (en verano, a primera hora de la madrugada), y durante noventa minutos, el campo se conmueve en marcial estruendo. Traca que se prolonga a lo largo del curso, iniciándose con modesta perdigonada sobre platos de arcilla y terminando en el cañoneo de una isla vecina. Invisibles pelotones despliegan, los codos hundidos en la tierra olorosa a hierbas acres. Bruscamente aparecen, a saltos alternos, bultos que se aplastan de nuevo sobre la mocha planicie. Ingrávidas avionetas, zarandeándose en el cielo, contemplan esta lucha hipotética. Junto a un barracón, los reclutas de todos los tiempos se inician en la cortesía militar, arrancándose el brazo a cada saludo; destellan—luces y so-

mes—las bruñidas trompetas. Y por contraste, las gallinetas, indiferentes, se acicalan el moño, mirándose en líquido espejo, que un pato salpica como por gracia. Escépticos chivos—barbas cortadas al gusto de la Institución Libre, cabeza tembleque—critican en la linde del campo lo nunca visto. Palmeras y chumbos componen paisajes de nacimiento bajo una bóveda azul pálido.

A las cinco y media es arriada la bandera con los mismos honores que al izarse. Siguen dos horas de estudio; policromía de tierras y mares desborda las taquillas; fórmulas insaciables agotan resmas de papel. Un runrún mental roe textos, ayudándose del café con leche. La novia espera pacientemente el toque de "¡Alto!"; pero a esta hora llega su desquite, pues los muy enamorados (hay que estarlo mucho para sacrificar este único respiro) cambian cartas por cartas, dando carpetazo a Clío y Urania. Otros necesitan prolongar su estudio, o bien voluntariamente lo desean para lograr mayor lucimiento, y no falta quien así sufre arresto; pero los más pasan al Casino. Sus salitas prodigan mármoles y cristalinas arañas; junto a la terraza, el mar refleja miriadas de estrellas. Burla burlando, esféricos marfiles demuestran estrictas leyes de la Me-

cánica, mientras sobre pentágonos de verde fieltro llueven naipes inocentes y en la barra pintan copas. El piano, destapado, desborda clásicas y modernas melodías tocadas de oído, sin lograr alterar a las inmóviles parejas de ajedrecistas, que con paciencia árabe—el ceño fruncido y pinzando la barbilla—contemplan la obsesionante cuadrícula, demorando de un día para otro la terminación de una partida, que ya no se sabe cuándo comenzó.

Cena, a las nueve. Y a las diez se cierra el día militar al toque de silencio. Un quejido—prolongado por el virtuosismo del corneta—se ahoga en el sueño común que se desploma sobre el aeródromo. Apáganse simultáneamente las luces y toda la base reposa, como maqueta a oscuras, velada solamente por la guardia.

Entonces el aura suave reanuda su visita nocturna, y las hojas de los árboles, que siempre andan husmeando por las ventanas, le cuchichean rumores que corren por la Academia ("caldeos", les dicen los muchachos); las véletas apenas pueden sofocar su risita chillona cuando el viento les traspasa el cotillón, y el mar bate palmas en el malecón.

Pero cuando la ronda pasa, todos disimulan.

